

## CAPITULO XVIII

### EL ORIGINAL

En una de las butacas de que hemos hecho mención al inventariar el menaje del gabinete, está la viuda, con la cabeza inclinada sobre el pecho, moviendo entre sus dedos descarnados las largas agujas con que lentamente va tejiendo uno á uno los complicados nudos con que el *crochet* forma el enredo de sus dibujos. Es la única labor que su hija le permite, y se la consiente porque ha averiguado que haciendo *crochet* se distrae. Como ya la hija es una mujer, y la madre ha perdido en pocos años todo el vigor de la juventud, y se halla débil, enferma y triste, la niña ha tomado las riendas de la casa, convirtiéndose en autoridad suprema, y la madre ha venido á ser la niña, es decir, la niña mimada, porque aun cuando allí no hay más que unos ojos que la miren, una boca que la hable y unas manos que la cuiden, estos ojos, esta boca y estas manos la rodean de tiernas solicitudes, de cariñosa vigilancia y de continuos cuidados. Hay también sus rebeliones contra esta autoridad llena de ternura y de gracia, y entonces la hija acaricia, suplica y, al fin, manda, y en tal caso la madre baja la cabeza y obedece.

Sobre la chimenea hay un lienzo pintado al óleo, que contiene el retrato del Americano, con la expresión bondadosa de su boca, y la mirada á la vez franca y triste. Enfrente de este retrato se halla el de la hija, con su boca

fresca como una flor que se abre, y su frente risueña como un día de primavera que amanece.

La viuda levanta de tiempo en tiempo los ojos y contempla el retrato del Americano, después los vuelve clavándolos en el retrato de la huérfana. Se encuentra entre su marido que la llama y su hija que la detiene.

En esta situación la sorprendió Luis el día en que lo hemos visto pedir apresuradamente el sombrero y el coche y alejarse, dejando al Sr. Buenaventura con la boca abierta en medio del despacho.

El abogado entraba en la casa de la viuda como entra el médico en la casa del enfermo, sin anunciarse, sin hacer antesalas, sin ninguno de esos requisitos que nos salen al paso en las casas que visitamos. Entraba allí como en su propia casa, porque siempre era recibido como el amigo de la más íntima confianza. Así es que llegó á la puerta del gabinete, deteniéndose ante la viuda, que, abstraída en su labor y en su tristeza, no había reparado en la presencia del jurisconsulto. Éste, por su parte, se detuvo contemplándola con la afable expresión del interés más vivo. Al fin la viuda alzó la cabeza y fijó en Luis sus grandes ojos, á los que hacía más negros la extrema palidez del semblante, como si de este modo dieran sensible testimonio del inmenso luto que llevaba en el alma.

Luego que reconoció á Luis, pasó por sus labios la sombra de una sonrisa, y le tendió la mano diciendo:

— ¡Ah, Sr. de Góngora!., tan distraída estaba que no he advertido la presencia de nuestro mejor..., de nuestro único amigo.

Luis estrechó la mano que tendía, replicando:

— Ha sido una sorpresa que yo mismo no he podido evitar.

— Cierto — dijo la viuda; — una sorpresa, y, en verdad, una sorpresa tan agradable, que disipa toda mi queja.



— ¿Queja?.. — preguntó Luis.

— ¡Oh..., sí!

— ¿Por qué?..

— No he de ocultarlo... Nos ha tenido usted tres días solas. ¿No es motivo suficiente para que estemos resentidas?..

— Sin duda — contestó Luis sentándose, — tanto que yo mismo no me perdono esa ausencia de tres días, pero...

— Sí — añadió la viuda interrumpiéndole; — no siempre se puede disponer del tiempo á nuestro gusto... ¡Usted tiene tantas y tan nobles ocupaciones!.. Mas ¡qué se le ha de hacer! Es un trabajo tener amigas como nosotras, y es preciso que tenga usted paciencia.

— Me resigno, señora, con la mejor voluntad del mundo.

La conversación fué interrumpida por la presencia de la huérfana, que apareció en la puerta que ponía en comunicación el gabinete con las habitaciones interiores de la casa. Todo el adorno de su cabeza consistía en una redcilla blanca, y caía de sus hombros un peinador amplio y gracioso. Traía en los ojos una mirada franca y enérgica, en que se descubrían lealtad y firmeza, y asomaba á sus labios esa sonrisa que revela en los niños la inocencia que los ampara y la ternura que los anima.

Se acercó lentamente, porque sostenía en la mano un plato, y en el plato una taza, y dentro de la taza un líquido que humeaba y que pretendía enfriar, agitándolo con una cuchara de plata.

Luis se puso de pie al verla, y ella le dijo:

— Acepto ese ceremonioso cumplimiento, porque hace tanto tiempo que nos hemos visto, que casi no somos íntimos amigos.

Luis volvió á tomar asiento, y ella presentó á su madre la taza, que ésta rechazó suavemente, exclamando:



Y ELLA PRESENTÓ Á SU MADRE LA TAZA



— ¡Cecilia!.. ¡Hija mía!..

— Ya la tenemos — dijo Cecilia; — yo conozco que es una cosa terrible esto de encontrarse manos á boca con una taza de caldo, sobre todo cuando esa taza de caldo viene á ser todo el desayuno de una excelente señora, que se ha empeñado en vivir sin comer.

— No lo crea usted — replicó la viuda dirigiéndose á Góngora y tratando de defenderse de aquella imputación.

— Esta es la tercera vez que hoy me hace tomar alimento.

— Pues bien — añadió Cecilia, — á la tercera va la vencida: á la una..., á las dos..., á las tres...

La viuda movió la cabeza, diciendo:

— Está muy llena la taza.

— Es verdad, se me fué la mano; pero es cuestión de tres sorbos, ni más ni menos.

— Ni más ni menos — repitió la viuda, tomando la taza y sorbiendo tres veces con arreglo á lo estipulado.

— Falta otro... — dijo Cecilia, — otro por el Sr. de Góngora, con quien no tiene usted bastante confianza para hacerle un desaire.

La viuda acercó otra vez la taza á sus labios.

— Poco á poco; yo no he de ser menos que el Sr. de Góngora, y quiero otro sorbo por mí.

La madre levantó los ojos y miró á su hija; quiso resistirse, pero cedió; y tomando un nuevo sorbo, puso la taza en el plato, diciendo:

— Basta, hija mía, basta.

— ¡Oh! — exclamó Cecilia. — No es posible, queda el último; el último, señora, por mi padre.

No hubo más remedio, y la viuda bajó la cabeza, como quien sucumbe ante la superioridad del adversario. En efecto, era el último sorbo, el último que quedaba en la taza.

Colocó Cecilia el plato sobre la chimenea, y se sentó diciendo:



— Cada vez que ha de tomar alimento hay que sostener una batalla campal.

Miró la viuda á Luis haciendo un movimiento con la cabeza, que quería decir: «¿Ha visto usted en su vida una criatura como ésta?..»

Luis, por su parte, había presenciado esta escena sin atreverse á interrumpirla ni á tomar parte en ella, y aun parecía haber olvidado el motivo urgente de aquella visita; urgencia que debemos suponer por la impaciencia con que lo vimos pedir el sombrero y el coche.

Se hallaba complacido, encantado, más aún, absorto ante el cuadro que ofrecían á sus ojos la madre y la hija, la viuda y la huérfana; aquellos dos seres tan estrechamente unidos por el triple lazo de la naturaleza, del cariño y de la desgracia.

Al detenerme en reseñar estos pormenores, he pretendido preparar el lienzo, es decir, disponer el ánimo del lector para que empiece á conocer por sí mismo el original que le he prometido en el presente capítulo. Pero si no á todos, á muchos lectores no les bastará conocer á la hija del Americano por sus palabras, por sus acciones, por sus sentimientos. Querrán saber si es alta ó baja, rubia ó morena, cómo son sus ojos, cómo es su boca, qué hay de particular en su frente, qué novedad encierra el contorno de su semblante; en una palabra, querrán tener al dedillo todos los pormenores, todos los detalles de su celebrada belleza, y he aquí mi dificultad. No he pensado á tiempo que es más fácil prometer que cumplir, y ahora me encuentro entre la espada y la pared, porque la belleza de Cecilia no se presta fácilmente á ser descrita.

Después de presentada minuciosamente, detalle por detalle, línea por línea, todavía no se tiene la idea exacta del conjunto. Es más, acaso se consiga hacerla muy inferior á sí misma.

Lo primero que en ella se advierte es la armonía con que se unen en su persona todos los pormenores que la forman. Se encuentra en su conjunto algo de la belleza que San Agustín define llamándola el esplendor del orden. El principal encanto de la hija del Americano consiste en la irradiación de su alma. Todo su espíritu está á la vez en su acento, en sus palabras, en sus ademanes, en sus movimientos, en sus gestos, en sus actitudes, en sus sonrisas y en sus miradas. Cecilia tiene atmósfera.

Si un pintor fiel trasladara su imagen al lienzo, veríamos y aun admiraríamos en el retrato la delicadeza de los contornos y la corrección de las líneas. Contemplaríamos una frente recta, graciosamente recortada por copiosos rizos brillantes y negros, una nariz fina, una boca franca, resuelta y atrevida. Bajo unas cejas airosamente arqueadas, veríamos brillar á través de largas pestañas dos ojos negros, profundamente negros, rasgados, de esos ojos inmensos que no acaban de abrirse nunca, cuya sombra aumenta la suavidad de las mejillas. Nada tendríamos que pedirle al contorno del semblante ligeramente ovalado. Añadiré á esto un talle gallardo, ligero y flexible. Cecilia es además alta, delgada, morena y pálida: pues bien; así y todo, el pintor no habría logrado obtener el verdadero retrato de Cecilia.

Daría vida en el lienzo á una mujer joven y bella, nos descubriría uno de esos tipos meridionales, que llevan el rayo de la pasión en los ojos y la movilidad de la inconstancia en los labios, el incendio en la mirada y el desdén en la sonrisa; un tipo de belleza humana insinuante y atrevido, acerca de cuyo valor podría discutir ampliamente el gusto ó el capricho de cada uno.

Tal sería el retrato que un pintor hábil delinearía sobre el lienzo, y tal es el que nos ha hecho concebir lo que hemos oído de la hija del Americano en boca del brigadier



y de la baronesa. Pero ese no es, en verdad, el retrato de Cecilia. Posee el original un encanto que el pincel más fino no conseguiría comunicar al lienzo. Madrazo, que sabe embellecer conservando todo el rigor de la semejanza, se encontraría con un original superior á todos los recursos de su arte.

El atractivo de Cecilia no está en la pureza de las líneas, ni en la gracia de los contornos, pertenece más á la esencia que á la forma... Consiste principalmente en lo que me atrevo á llamar el perfume de la belleza, y he aquí que los perfumes no se pintan... Es ese encanto inexplicable que expresamos diciendo: *Tiene ángel*, y que los andaluces llaman *buena sombra*.

Así era Cecilia.

— Esta visita — dijo Luis — no la hace tanto el amigo como el abogado. Había perdido la esperanza de un buen éxito, y desgraciadamente la he perdido demasiado tarde.

— ¡Cómo! — exclamó Cecilia.

— He incurrido en un defecto de habilidad. Desde que empezó á hablarse de este asunto, me vi asediado por algunos curiosos, que deseaban saber de buena tinta lo que hubiera en el particular, y no me fué difícil reconocer entre ellos á un emisario de Valle-alegre, que trataba de sorprender mi sinceridad. Entonces concebí la idea de servirme de él, para sondear yo, á mi vez, el ánimo del banquero; y con todo el aire de una íntima confianza, le dije que el pleito era inevitable, que estaba plenamente convencido de la justicia de mi parte, y que estaba seguro de obtener ante los tribunales un fallo favorable... El emisario fingió alegrarse, yo le recomendé el secreto, y nos separamos, él contento de haberme sorprendido, yo satisfecho de haberle engañado. Valle-alegre lo supo aquel mismo día, y tuvo miedo. Me buscaba siempre que la ocasión se le mostraba propicia, prefería mi conversación á todas las conversacio-

nes, y me hablaba de todo, menos del pleito. Para estrechar más nuestro trato, se hizo presentar en mi casa. Aficionado por lujo á las bellas artes, quiso ver mi galería de pinturas, y después de muchas vueltas, hizo surgir hábilmente la conversación del pleito; yo la rehusé, y entonces me propuso una especie de transacción... Deseaba mejorar la suerte de ustedes, y me indicó la idea de proporcionarles, por mi conducto, eficaces auxilios.

Cecilia oía sin pestañear á Góngora, y la viuda, que había vuelto á su labor, seguía distraída los puntos del *crochet*, que iban tejiendo las agujas.

Luis continuó:

— Este empeño de Valle-alegre por socorrer á la familia que él mismo había arruinado, no podía ser un acto de arrepentimiento, porque en tal caso habría procedido á una devolución completa y voluntaria. Lo que pensé es que el banquero tenía miedo al pleito de que se veía amenazado. Lo que buscaba era una negociación que lo pusiera á cubierto de las contingencias del litigio. Quería sobornar á la familia arruinada, haciéndome á mí cómplice de esa jugarreta. Yo estaba convencido de nuestra razón, y el temor de Valle-alegre dió más fuerza á mi convencimiento. Aún no había terminado el examen de los papeles, y tenía seguridad de encontrar en ellos una prueba palmaria... Rechacé, pues, resueltamente la proposición del banquero.

— ¡Bien hecho! — exclamó Cecilia sin poder contenerse.

— Si Dios me pone en la necesidad de pedir limosna, llamaré á todas las puertas menos á la de ese hombre.

— Sin embargo — dijo Luis, — yo procedí con excesiva ligereza. El completo examen de los papeles me hizo comprender que había caído en el lazo de mi propia habilidad.

— ¿Por qué? — preguntó Cecilia.

— Porque no encontré la prueba que buscaba. Entonces fuí á ver á ese hombre, y le propuse la misma transac-



ción que antes había desechado, y con una finura equívoca y una cortesía bastante burlona se negó redondamente. Semejante cambio me hizo creer que se hallaba convencido de que carecíamos de toda prueba.

— Bien — añadió la huérfana. — Quiere decir que este asunto no pertenece á la justicia de los hombres; se lo ha reservado la justicia divina. Así mi sacrificio será completo.

Luis la miró atentamente, y un vivo encarnado asomó á las mejillas de la huérfana.

— Aún hay esperanza — dijo el abogado. — Entre los papeles examinados no se halla la prueba, pero tengo un indicio de que existe. Faltan dos cartas de Mauricio Ripoll, de Febrero y Marzo de 1863...; en ellas debemos encontrar un testimonio seguro.

La viuda movió lentamente la cabeza.

Este movimiento dejó á Luis petrificado, porque temía ver desvanecida su última esperanza.

Cecilia preguntó:

— ¿Y dónde pueden hallarse esas cartas?

— Aquí — contestó el abogado. — Es preciso buscarlas.

Cecilia abrió el escritorio donde se guardaban religiosamente varios papeles pertenecientes al difunto Americano. Este pequeño archivo consistía principalmente en cartas de familia, en cuentas y anotaciones relativas á la vida íntima de la familia.

Mientras la viuda seguía su labor de *crochet*, Luis y Cecilia dieron principio á un examen minucioso de aquellos papeles, entre los que bien podían hallarse las dos cartas de Mauricio Ripoll, aquellas cartas en las que Luis esperaba encontrar la prueba de que el Americano había sido alevosamente robado por Valle-alegre. Porque si esas cartas no tenían toda esa importancia, ¿á qué había de llamar la atención sobre ellas la mano misma del Americano en la liquidación de su ruina?

Con gran silencio fueron examinando uno á uno aquellos papeles, sin encontrar rastro de las cartas de Ripoll... Se registraron todos los cajones del escritorio, y todo fué inútil; las cartas no estaban allí... y no había otra parte donde buscarlas.

Poseído Luis de un profundo abatimiento, bajó la cabeza exclamando:

— ¡Nada..., nada!..

Después alzó los ojos, y se encontró con el semblante de Cecilia; es decir, con el espejo en el que se hallaba siempre retratada su alma, y cobrando ánimo, dijo:

— Es indudable que esas cartas han existido, que debían hallarse entre los papeles de la testamentaria..., pero es evidente que no las encontramos.

Cecilia se quedó pensativa, y nada contestó á las palabras del abogado. Después de algunos instantes de reflexión, sacudió la cabeza, diciendo:

— Bien; si hemos perdido el pleito, en cambio hemos ganado un amigo.

— No se ha perdido sólo el pleito — replicó Luis.

Cecilia bajó los ojos, y un vivo sonrosado asomó otra vez á sus mejillas. La viuda exhaló un suspiro.

— ¡Quién sabe!.. — añadió Góngora.

— No — contestó la huérfana. — La pobreza es un mal que es preciso llevar con dignidad.

— ¿Acaso — preguntó Luis — es una resolución irrevocable?..

Vaciló antes de dar respuesta á esta pregunta, dejando entrever que había lucha en su corazón..., pero hizo un esfuerzo y contestó:

— Es irrevocable.

Salió el abogado de la casa de la viuda con el ánimo embargado por tristes reflexiones. No era para él una cosa nueva en el mundo el triunfo de la injusticia. Sabía que á



la verdad le cuesta más trabajo abrirse camino entre los hombres que á la mentira... Valle-alegre, cuya honradez había sido hasta entonces muy dudosa, podría levantar muy alta su frente, porque al fin la imposibilidad de obtener contra él un juicio adverso, después de tanto ruido, equivalla á la proclamación de su inocencia. ¿Quién se atrevería ya á dudar de la integridad del poderoso banquero?..

A Luis le costaba trabajo renunciar al castigo del culpable, pero las cosas se habían combinado de modo que era imposible intentarlo. ¿Dónde habrían ido á parar las cartas de Ripoll?..

— ¡Ah! — exclamaba interiormente. — Si Valle-alegre tenía conocimiento de ellas, si sospechaba que pudieran existir, habrá comprado una mano traidora que las haya extraído de los papeles de la testamentaría. El oro es el poder de nuestros tiempos, y tiene á su servicio todas las debilidades, todas las perfidias, todas las miserias de la tierra.

Así discurría, y en realidad el pensamiento que más lo atormentaba se encerraba todo entero en esta palabra: «¡Cecilia!..» Cecilia era el nombre que continuamente repetía con viva admiración y con pesar indecible.

## CAPÍTULO XIX

### LA COMIDA

Cuando se enteró del rumor extendido contra su buen nombre, se encogió de hombros; no lo temía porque lo esperaba. Sabía que en la loca balanza de los juicios humanos se pesan con frecuente injusticia las acciones de los hombres, y que cuando el platillo de la alabanza se inclina en favor de los perversos, el platillo del vituperio se levanta siempre contra la virtud. Es imposible ensalzar á los culpables sin deprimir á los inocentes.

Entre el prodigioso número de armas con que la industria moderna ha perfeccionado el arte de destruir y de matar, hay un arma que pertenece al sistema más perfeccionado, al sistema de la calumnia. Rara vez pierde una sociedad el sentido moral sin que al mismo tiempo no pierda el sentido común; y he ahí por qué no hay pueblos más fáciles de engañar, de someter y de oprimir que los pueblos desmoralizados. Se dijo hace tiempo: «Divide y reinarás.» Nosotros hemos penetrado más en el alevoso sentido de esa sentencia, y decimos: «Corrompe para oprimir.» Ved lo que se eleva y sabréis lo que desciende. Mirad lo que se ensalza y veréis lo que se deprime.

Á Luis no debió sorprender la fácil difamación de que era objeto, y aun pareció alegrarse, porque después de encogerse de hombros, se dijo á sí mismo:

«Nada he podido, nada puedo hacer por ella; así, á lo